

La Decadencia cordobesa en 1823

Aportación Documental

Por José Manuel Cuenca Toribio

En un reciente ensayo ponderábamos el valor historiográfico de una curiosa fuente del último tramo del reinado de Fernando VII: los informes enviados al monarca por los municipios andaluces que atravesara en su camino de regreso a la Corte, una vez cerrada la segunda singladura liberal (1). Llegada a nuestras manos por la generosa cesión del Prof. Comellas intentaremos en estos breves apuntes glosar los aspectos económicos de la documentación del anónimo redactor cordobés —según todas las trazas, un clérigo.

Aunque ya ha quedado observado en la nota precedente, conviene

- 1) Vid. Papeles reservados de Fernando VII, Archivo General de Palacio, T., 69. Una descripción detallada del valor de esta fuente en el prólogo del citado catedrático de la Universidad de Sevilla a la obra de su discípulo GARCIA-BAQUERO GONZALEZ, A.: **Comercio Colonial y guerras revolucionarias. La decadencia económica de Cádiz a raíz de la emancipación americana**. Sevilla, 1972, IX-XI. Cfr. CUENCA TORIBIO, J. M.: **El Colonialismo de la economía andaluza contemporánea: una versión heterodoxa**. Córdoba, 1976. Sevilla y Córdoba son las únicas ciudades del itinerario mencionado. Sorprende que Fernando VII no hiciera ninguna alusión a la mencionada encuesta, en sus por otros motivos, interesante: "Itinerario de la retirada que el Gobierno Constitucional obligó a hacer a sus Majestades y toda su Real familia a la ciudad de Cádiz, en Febrero de 1823, a causa de hallarse amenazada la España de una invasión por el ejército francés, dictado por S. M. el Sr. Rey D. Fernando VII (Q.E.G.E.) a su secretario particular D. A. M. de S. en el Palacio de Madrid y año de 1824". **Memorias de tiempos de Fernando VII**. Madrid, 1957, II, 472-73.

reiterar que el escrito se circunscribe exclusivamente al ámbito capitalino de la antigua urbe califal. Lo cual le presta su dos características más sobresalientes, dentro del conjunto a que pertenece: su dimensión ciudadana en un contexto rural, y su tono más elegíaco. En la visión fisiocrática que aún dominaba la mentalidad de los contemporáneos, la crisis material en que el país se debatía no era irremontable en una región como la andaluza, en que la feracidad constituía el rasgo dominante de su suelo. Por el contrario, el colapso de la industria y el comercio, elevado al paroxismo por la irremediable independencia de América, se ofrecía como insuperable. Incluso en Córdoba, modesto núcleo de unos 35.000 habitantes y alejado de la costa, la transcendencia del proceso emancipador se manifestaba patente. Lo hemos expuesto en otros lugares y volvemos a insistir ahora: la historia económica de la Baja Andalucía durante el fin del Antiguo Régimen estará frágilmente construída en tanto no se cuente con un análisis satisfactorio de las repercusiones del proceso emancipador ultramarino.

Indudablemente dicho estudio no debe partir, como hacía el buen cordobés de 1823, de la decadencia de los últimos Austrias, aunque el progresivo declive desde aquellas fechas de la vieja ciudad podía prestar cierto tinte de justificación a sus lamentos. En efecto; todo el nervio central de la argumentación de nuestro comunicante descansa en la contraposición permanente entre la floreciente situación cordobesa en los días imperiales y su estado a comienzos del XIX. Su lector sospecha que si el diagnóstico acerca de la coyuntura decimonónica es inverosímil y aceptable, los laudes sobre el Quinientos pecan de localismo y énfasis. Acerquémonos a él.

Obligado por el orden de la encuesta, el autor se ocupa en primer término del panorama industrial, de radio muy estrecho y enmarcado en un claro contexto precapitalista. Los únicos establecimientos dignos de alguna mención son los relacionados con la sericultura y los productos alimenticios, en el ramo oleícola. El desenvolvimiento del trienio había asestado a ambos un severo golpe, eslabón final de una cadena de postraciones. Las antaño acreditadas casas de marroquería y platería constiutían ya una mera reliquia del pasado, cuya irradiación apenas si sobrepasaba los muros urbanos. La condición eclesiástica del anónimo redactor del documento se trasparenta aquí al cifrar en un supuesto enfriamiento religioso una de las causas de la ruina de la afamada platería de la ciudad...

Si las noticias aportadas acerca del sector secundario encierran un indudable interés, no lo tiene menos la constatación de su sistema de producción, basado en la coexistencia de la industria familiar con la agre-

miada, pudiéndose también hablar (¿con exceso de imaginación?) de un domestic system. En todo caso, tanto en una como en otra modalidad la precisión numérica está asusente. Su falta puede en cierta medida compensarse con la constatación de la presencia aún viva de la estructura gremial, a prueba de reveses legislativos y doctrinales.

Menos extenso pero quizás más esclarecedor, es el boceto pergeñado sobre el desarrollo de la agricultura en el término de la capital, con datos ilustrativos, como el masivo consumo de la naranja agria o el intenso rendimiento de la tierra. Su régimen de explotación resulta asimismo bien delimitado, con una sorprendente y velada crítica del latifundismo, de claro sabor dieciochesco. No faltará tampoco la ponderación de la concurrencia individual como elemento primario de la actividad económica, encaminada a la obtención de mayores beneficios. La superposición de mentalidades, características de tiempos de transición, deja su huella en el escrito.

A su término, asalta una pregunta: ¿Acaso se recargarían sus tintas por temores fiscales? Sin descartar por completo la principal exactitud de dicha hipótesis, no lo creemos así; entre otros motivos, por el tono general del cuestionario y el momento de exaltado realismo en que se inserta. Distanciada de los menguados circuitos comerciales —ahora comenzamos a reconstruir— de las provincias más meridionales, de base exclusivamente agrícola, de segundo rango administrativo, Córdoba iba a vivir durante toda la recesión inaugurada tras las guerras napoleónicas en un estado de aletargamiento, no alterado siquiera por reacciones espamódicas. Las obras de Ramírez de las Casas Deza y el Madoz describen una realidad en todo semejante a la de un cuarto de siglo atrás. Ni siquiera el proso de la producción triguera provincial ni la paulatina formación de un mercado nacional le abrirán nuevos horizontes.

C O R D O B A

Qué fábricas hay en Córdoba y de qué clase. Sus progresos o decadencia; si son del Estado; qué empleados y qué régimen.

Había en Córdoba en el siglo XVI muchas fábricas de seda que se proveían de la que se criaba en la ciudad y su campiña. Ambrosio de Morales dice que era grande la riqueza que producía su crianza a cuando se dedicaban muchas señoras y otras gentes de la ciudad, así como por la ganancia, como por la poca ocupación. Sucesivamente decayó la fabricación, pero en los años de 1816 hasta el de 1820, aún se consumían en sus fábricas de 50 a 60.000 libras de la seda fina y unas 10 (sic) de la bas-

ta. Desde el año de 1820 fue declinando el consumo empleándose en los años anteriores tan sólo unas 30.000 libras de la primera y 1.700 de la segunda; y en el día está reducido a unas 15.000 de la fina y 5.000 de la basta.

Las fábricas de dicho artículo son todas de particulares y no hay ningún establecimiento en grande. Sólo existen 4 ó 5 que emplean algunos operarios. Las demás son fábricas en pequeño o de ocupación doméstica y los empleados en ellas están reducidos a los individuos de la familia. La seda de que se surten se trae de los Reino de Valencia y Murcia, y la cría de la ciudad y su provincia suministra unas 4.000 libras poco más o menos. Se emplean torzales y sedas para coser, y en la fabricación de felpas y cintería angosta, y alguna parte en tejidos anchos y principalmente tafetanes que se consumen en la provincia. De la cintería se enviaba antes mucha a Sevilla, acaso para extraerla para América.

No era menos considerable en Córdoba en el mismo siglo XVI la fabricación de curtidos, y los que allí se aderezaban eran conocidos en toda España por su excelencia, y principalmente los cueros de Cabra. De aquí vino el llamarse Cordovanes a los cueros de la misma clase aderezados en otras partes. Las badanas eran de igual excelencia y servían para guadamacés de que proveerá Córdoba a todo el Reino y aún a las Américas. Progresivamente y a medida que se aumentó y mejoró el curtido de pieles en otras provincias, fue decayendo en aquella ciudad, por manera que no existen ya más que dos fábricas de suelas, y más de 4 ó 5 de pieles y badanas y todas de poca consideración.

Hay además en la misma ciudad una fábrica de jabón duro junto a la puerta de Baeza, y algunas otras pequeñas de jabon blando; una de cordelería, y dos de sombreros.

La hilatura y el tejido de lino ocupa a bastantes personas, pero no trabajan en grandes establecimientos sino en sus casas, y se considera como un ramo de industria doméstica.

Muy poco lino produce el país y casi todo lo suministra el Reino de Granada y sus cercanías. Se emplean anualmente en la hilatura y tejidos como unas 2.000 que se gastan en la ciudad y su provincia y sólo se envían a Madrid algunos lienzos y calcetas. Cuando no estaban interrumpidas las comunicaciones con las Américas parece que se manufacturaban dos terceras partes más; pero después que cesaron y se fue propagando el uso de los géneros de algodón decayó la hilatura y la fabricación de dicho artículo.

La mucha cría de ganado ovejuno en la sierra inmediata a Córdoba hacía que en el citado siglo XVI se hilase mucha lana en la ciudad, y hu-

biese en ella una muy grande labor de paños harto finos que se abastecía Sevilla y Toledo, sobrando muchos para cargarse para las Américas. Después desapareció la fabricación y solo se hacen algunos tejidos muy bastos en casas particulares y con pequeña cantidad.

Otro ramo de fabricación y comercio dio en tiempos pasados grande nombradía a Córdoba, y es el de la platería. Un crecido número de obreros trabajaban sin cesar vasos sagrados, utensilios, díges y otros objetos de oro y plata para el uso de las Iglesias y de los particulares, y adorno de mujeres; y si bien sus obras eran pesadas sin delicadeza y sin elegancia, se encontraban en casi todas las ferias y mercados de España. En el día ha decaído enteramente, y no existen ya aquellos plateros que en otro tiempo formaron grandes capitales. Los progresos que en la Corte y otras ciudades de la península hizo el arte de la platería, la rigurosa economía a que las necesidades y privaciones han ido reduciendo a todos, y el haberse disminuido la devoción de los fieles que dedicaban frecuentemente a los templos para el culto muchos objetos de ambos metales, son la causa de su decadencia.

Agricultura e industria: sus progresos o decadencia y motivos de ésta.

Córdoba es un pueblo agricultor pues la mayor parte de sus habitantes son labradores que se ocupan en el cultivo de los cortijos de su término. Si ha de creerse a los historiadores contemporáneos a su conquista la agricultura estaba muy floreciente en tiempos de los árabes; pero se hallaba ya en gran decadencia en el siglo XVI, pues Ambrosio de Morales dice que había en ella poca labor de pan. En el día se halla en un estado regular y no más, y los principales artículos que produce la tierra son el aceite, el trigo, la cebada, las habas y los arbejones. Se cultivan también en el término de la ciudad diferentes frutas y principalmente higos, limones y naranjas dulces y agrias. Estas son de mucha utilidad para los propietarios por el considerable consumo que de ellas hacen los cordobeses; la naranja agria es su principal alimento, tanto al almorzar como al comer.

Aunque en general el sistema seguido en Andalucía en la labor de las tierras es el de dejarlas descansar dos años, una gran parte de las del ruedo de Córdoba se siembran todos los años, y aún hay algunas hazas de tierra que proporcionan, merced a la abundancia de abonos que proporcionan las grandes poblaciones, producen en cada año dos cosechas, la una de cebada y la otra de semilla parda, que son las habas, arbejones, lentejas, jeros y titos.

Según aseguran los naturales del país la agricultura ha decaído principalmente en los últimos tiempos ya por la invasión de los franceses en

los años 1810 y siguientes, durante el cual algunos labradores dejaron sus tierras para pasto, ya por la enorme baja que sucesivamente tuvo el valor de los granos y aceite. Hay además otra causa general y constante para que no progrese, y es el no estar dividida la propiedad y pertenecer el terreno a grandes propietarios que son los dueños de los cortijos, que regularmente son muy extensos, y casi todos tienen una cantidad mayor de terreno que la pueden labrar una o dos familias.

Así que son pocos los que trabajan por sí mismos, y comunmente los arriendan a labradores ricos que necesitan tener crecidos capitales para las anticipaciones que es preciso hacer para aperos de labor, compra de ganado y pago de jornaleros; y no pocas veces lejos de sacar ventaja de los arriendos ocasionan su ruina, principalmente cuando sobrevienen malos años.

No hay en dicha ciudad ramo alguno de industria que merezca atención particular si se exceptúa el de la cría de seda de que queda hecha mención. El único que ocupa algunas personas, y aún familias, es el de adobar o aliñar aceituna para enviar a Madrid, Cádiz y otras partes. Las mismas, fabrican los barriles para su envase, y antes se hacían en cada año de 20 a 24.000 barriles de cabida de 3 cuartillas de celemín, o de 10 libras de aceitunas cada uno. En el día está reducido su trabajo a 5.000 barriles, y son 13 las familias que se emplean en él. Se conoce con el nombre de candioteros, quienes hacen también los cubos para sacar el agua y las candiotas o toneles para el vino que se conduce a Montilla y otros pueblos de la provincia; se envasa en Córdoba y envía a algunas provincias de España, aunque no en gran cantidad, con el nombre de vino de Montilla.